



DISCURSO

9 DE SEPTIEMBRE DE 2021

SERHAN ADA

PROFESOR ASOCIADO, JEFE DEL DEPARTAMENTO DE ARTE Y GESTIÓN CULTURAL Y DIRECTOR DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN POLÍTICA Y GESTIÓN CULTURAL DE LA UNIVERSIDAD BILGI DE ISTANBUL





UNA NUEVA SOSTENIBILIDAD Y EL PAPEL FUNDAMENTAL DE LA CULTURA

SERHAN ADA

«El ser humano contemporáneo está subiendo desesperadamente una pendiente que se desmorona. Nos precipitamos hacia adelante solo para quedarnos en el mismo lugar, en un presente que huye constantemente. Porque, si dejamos de correr, aunque sea un segundo, de correr tras el trabajo, nuestros correos electrónicos, nuestras citas, nuestras obligaciones, nuestro dinero o el tiempo que vuela, caemos, en el desempleo, la pobreza, el olvido y la desocialización».

*(Hartmut Rosa, entrevista con Frédéric Joignot,
Le Monde magazine, 28 de agosto de 2010)*

Hace apenas una década que el filósofo y sociólogo alemán Hartmut Rosa, autor del libro *Alienación y aceleración*, dijo esto en una entrevista. «Desempleo, pobreza, olvido y desocialización»: esto es lo que les espera a los seres humanos de la Edad Moderna tardía (a la cual también llamamos Antropoceno) que intentan — en vano— correr tras el tiempo. De repente, todas las predicciones pesimistas de Rosa se hicieron realidad con la pandemia de la COVID-19 y los subsiguientes confinamientos. Todos nos quedamos asombrados y nos preguntamos cómo era posible. Había sucedido aquello que se llevaba algún tiempo hablando, pero que no se esperaba; y todo de golpe, además. Lo más sorprendente fue que el ritmo acelerado se detuvo rápida y repentinamente. Nos encontramos con este parón repentino en un momento totalmente inesperado, porque la aceleración había continuado aun sabiendo más o menos que no era sostenible. Todo se detuvo: la economía mundial, los mercados de valores y la interacción social. Los seres humanos que vivían sobre la faz de la Tierra empezaron a cuestionarse el futuro en un estado de confusión sin precedentes, recurriendo a noticias e información procedente de diferentes fuentes. Sin embargo, había una cosa segura: la más absoluta incertidumbre. Aunque las profecías pospandémicas se sucedían una detrás de otra con rapidez, nadie sabía cómo íbamos a salir de esta situación, ni siquiera los científicos. A pesar de todos los discursos, las reaperturas, las predicciones de recuperación, etc., lo único cierto era la incertidumbre. ¿Cuánto iba a durar ese periodo de confinamiento en casa que nos



tenía encerrados pese a que seguíamos conectados? ¿Qué clase de nueva vida y de nuevo mundo nos íbamos a encontrar?

En realidad, nuestras esperanzas crecieron al principio debido a algunas de las noticias que llegaron durante el primer confinamiento. La contaminación atmosférica estaba disminuyendo, los mares parecían más azules y las amenazantes nubes que cubrían Nueva Deli y dificultaban la respiración se habían disipado. Una vez que el virus desapareciera (¿lo haría algún día?), y tras haber aprendido la lección que nos había enseñado, quizá viviríamos en un mundo «más limpio». A día de hoy,



después de que haya transcurrido más de un año y medio desde que se reconociera oficialmente la pandemia y esta fuera declarada como tal, estamos pasando del confinamiento a una especie de reapertura sin saber qué nivel de protección nos ofrecerá la vacuna contra las nuevas variantes, una vacuna que se ha distribuido injustamente entre los habitantes del planeta, y la incertidumbre y los interrogantes siguen estando presentes. A la vez que más de cuatro millones de personas han muerto —principalmente personal sanitario, personas pertenecientes a los grupos sociales más vulnerables y, por supuesto, ancianos—, se ha producido un aumento alarmante de problemas de salud mental como la ansiedad, los trastornos del sueño y la depresión como consecuencia de la cuarentena, el distanciamiento social y el aislamiento, por no hablar de que nos han llegado noticias acerca de una ola de calor sin precedentes que ha rozado los 50 °C en la región del Pacífico Noroeste mientras ardían los océanos cuyos lechos marinos albergan oleoductos. Además, Turquía se ha rendido al mucílago que amenaza la vida de todos los seres vivos del mar de Mármara, situado entre el mar Negro y el Mediterráneo, y de sus alrededores, así como, últimamente, a los incendios que devastan las costas del país. Por todo ello, surge inevitablemente la pregunta siguiente: ¿volveremos a una vida que es aún peor que antes sin haber aprendido nada de la pandemia?

Sin embargo, había señales. Hace tan solo 50 años, en 1971, el informe Los límites del crecimiento del Club de Roma afirmaba claramente que, si la población, la producción, la industrialización, la contaminación y el consumo seguían acelerándose a ese ritmo, los recursos de la Tierra ya no podrían renovarse. No obstante, pronto se hizo evidente que esa advertencia no serviría de nada. «... ¿quién es la sociedad? No existe tal cosa. Lo que existe son individuos, hombres y mujeres, y familias. No hay Gobierno que pueda hacer nada si no es a través de las personas, y las personas se preocupan primero de sí mismas...»¹, dijo la señora Thatcher, que es una de las fundadoras del neoliberalismo y dio nombre a una forma de gobierno, el thatcherismo. Al ver que nos habíamos convertido en individuos, teníamos que valernos por nosotros mismos. ¿Acaso no se nos enseñó a todos desde los primeros tiempos del modernismo que la producción, el consumo, la tecnología y la aceleración eran un todo y que todo ello significaba un progreso irreversible? Y, sin embargo, a pesar de las señales de alerta, los gobernantes del mundo favorecieron la economía por encima de la salud y el medioambiente. Lo que importaba era que las ruedas de la producción y el comercio siguieran girando a toda costa. Incluso pretendían, si era posible, convertir la crisis en

¹ Thatcher, Margaret. 1987. Entrevista para *Woman's Own* («No Such Thing as Society»).



una oportunidad. Después de todo, ¿no decimos desaceleración en lugar de recesión económica? Pues sigamos acelerando a este ritmo a pesar de la pandemia. Pero ¿a qué precio?

Echemos un vistazo a lo que ha ocurrido en el ámbito de las ciudades. En los últimos 30-40 años, hemos presenciado el auge de las metrópolis, ciudades cosmopolitas y megalópolis, y la vertiginosa carrera —otra competición por la aceleración— entre ellas. Las grandes ciudades han concentrado la mayor parte de la población, de la economía, de la movilidad social y de la producción y el consumo de la cultura, y



han dejado a la mayoría de las poblaciones de territorios enteros en situación de pobreza, desigualdad, privación y desolación. Estas grandes ciudades, o —por decirlo en términos utilizados con frecuencia por quienes trabajamos en el ámbito de la cultura— las ciudades (o «capitales») de la cultura, han explotado, absorbido y agotado los recursos producidos por todas las personas que viven en esos países. En todas las partes del mundo, las acciones llevadas a cabo por las iniciativas de producción cultural y desarrollo sostenible han sido objeto de un análisis exhaustivo. Sin embargo, fueron las grandes ciudades, en paralelo con el ritmo de vida acelerado que hay en ellas, las que recibieron el golpe más duro durante la pandemia de la COVID-19. Ahora, ha llegado el momento de dejar aparcados constructos como la ciudad creativa o la clase creativa, cuyos autores han empezado a revisar recientemente; es hora de centrarse en qué tipo de acciones pueden emprender ciudades más pequeñas, que no son autárquicas en el sentido estricto, pero que son viables e interactúan estrechamente con ciudadanos prósperos que disfrutan de la vida. (A este respecto, es importante señalar que los proyectos y colaboraciones a largo plazo con una gran variedad de ciudades desarrollados en el marco de la Agenda 21 de la cultura constituyen una gran excepción. Sus sitios web no solo proporcionan información sobre las ayudas de emergencia ofrecidas a los artistas y a quienes trabajan en el ámbito de la cultura, sino que también incluyen muchos ejemplos buenos desarrollados con un enfoque ascendente). «Nosotros, la gente, somos la ciudad. A través de nuestras creencias, valores y actividades creativas —nuestra cultura— damos forma a la ciudad de piedra y sueños». Estas son las dos primeras frases de la Carta de Roma 2020, firmada por las numerosas ciudades que participan activamente en el trabajo de la Comisión de Cultura de CGLU y cuyos representantes están aquí presentes, en Esmirna. Estas dos frases no pueden repetirse lo suficiente para recordarnos una vez más que demostrar la fuerza de voluntad de un nosotros para mantener la vida en las ciudades no sería en vano y que los valores intangibles y la imaginación no son cosas inútiles.

Entonces, ¿qué hicimos, como individuos gobernados, como personas que «se preocupan primero de sí mismas», es decir, como sujetos autónomos? Si no existiera la sociedad, intentaríamos aferrarnos a las comunidades. Nuestras microidentidades cobraron una importancia superior a la de cualquier otra cosa. Ahora bien, nada de esto ha dado resultados tangibles, ni siquiera las protestas masivas que vemos de vez en cuando en varias partes del mundo, la resistencia que demostramos para



defender espacios que deberían ser de todos, para defender lo que es público, es decir, los lugares que son nuestros. Y aquí es donde nos encontramos ahora. ¿A dónde podemos ir partiendo de este punto?

Hasta ahora, siempre se ha visto la cultura y la naturaleza como cosas opuestas. De hecho, incluso se ha recurrido a aproximaciones como «todo lo que no forma parte de la naturaleza» para definir la cultura. Por ello, hemos investigado, elaborado



documentos y editado diversas publicaciones con el fin de establecer bases sólidas para garantizar que la cultura sea aceptada como un componente imprescindible del desarrollo sostenible y se incluya entre los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030. Todos los implicados, y especialmente CGLU, hemos dedicado esfuerzos a este fin en una gran variedad de plataformas. Existe un gran número de estudios que pueden citarse como prueba para demostrar el impacto social y económico, así como los efectos indirectos, de los productos y servicios culturales. No podemos negar nada de esto. Debemos seguir trabajando en esta dirección. Mientras tanto, la gente lucha por llegar a fin de mes. Sabemos que, solo en Turquía, más de cien músicos llegaron al borde de la desesperación y se suicidaron. El concepto de precariado se consideró adecuado para describir la situación de las personas que trabajan en el mundo de las artes y la cultura y los esfuerzos realizados en este campo, y la mayoría de los análisis se basaron en él. No obstante, a partir de ahora, habrá que concentrarse en exponer el concepto de supervivencia y averiguar cómo y en qué condiciones puede ser realmente posible. En lo que respecta a las actividades culturales, hay dos criterios más que deben tenerse en cuenta junto con el impacto social y económico, quizás incluso más en cuenta, y estos son la ecología y la salud pública. Por lo tanto, cuando se trata de sostenibilidad, ha llegado el momento de replantear la aceleración en función del ritmo propio de la naturaleza (una naturaleza que incluye no solo los recursos subterráneos y de la superficie, sino también las bacterias y los virus) y, asimismo, de tener en cuenta los ciclos de la vida en la Tierra y su capacidad de regeneración. Debemos seguir insistiendo cada día en que la cultura y, principalmente, el arte, estén o no incluidos en los documentos internacionales, tienen que tener voz en la sostenibilidad de la belleza y de la vida misma. Como dije en un artículo el año pasado, ninguno de nosotros previó que el Antropoceno acabaría tan rápido. Sin embargo, aquí estamos, asistiendo al hundimiento de una era: el ocaso del Antropoceno.

Incertidumbre, ansiedad, inquietud: estas son las características de las personas del Antropoceno. No obstante, como esta era ha llegado a su fin, significa que es hora de sustituir estas características por otras nuevas. «Nada es bello, sólo el hombre es bello: sobre esta ingenuidad descansa toda estética, ella es su primera verdad. Añadamos enseguida su segunda verdad: nada es feo, excepto el hombre que degenera...». Nietzsche escribió estas palabras al plantear la voluntad de poder como un nuevo concepto en *Crepúsculo de los ídolos* (en el capítulo «*Incursiones de*



un intempestivo», apartado 20). Cuando el poder fue más allá de toda aceleración, todo lo que los seres humanos crearon y todo lo que los rodea se volvió insostenible. Ahora, todos estamos sufriendo juntos el resultado. Para salir de esto, necesitamos nuevos conceptos; necesitamos un lenguaje totalmente nuevo que no se base en nuestras viejas convenciones, y este será posible a través de nuevos conceptos, es decir, los frutos de la mente creativa que da origen al lenguaje. Pero ¿cómo?

En primer lugar, debemos empezar con nuevas preguntas, que es lo que he intentado hacer en este discurso. Aunque no tienen respuesta por ahora, no me cabe duda de que son las preguntas correctas las que allanarán el camino hacia nuevos conceptos. Por eso, propongo sustituir la voluntad de poder de Nietzsche por otra voluntad que desarrolle conceptos totalmente nuevos que favorezcan la belleza y la vida en lugar del lenguaje prestado o consuetudinario que solemos utilizar; propongo sustituirla por la *voluntad de pensamiento*.





#IzmirCultureSummit

#UCLGmeets

#UCLGculture

#Culture21Actions

#Listen2Cities

www.uclg-culturesummit2021.org

Cumbre de cultura de CGLU 2021

culturesummit@uclg.org

international@izmir.bel.tr



culture 21

Comisión de CGLU



CGLU

Ciudades y Gobiernos
Locales Unidos

Con el apoyo de



La Unión Europea

Este documento ha sido elaborado con la ayuda financiera de la Unión Europea. El contenido de este documento es responsabilidad exclusiva de CGLU y en ningún caso debe considerarse que refleja la posición de la Unión Europea.



Suecia
Sverige

Este documento ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. Asdi no comparte necesariamente la opinión/las ideas/el punto de vista expresada/mostrada en este material. La responsabilidad de su contenido recae exclusivamente sobre su autor.